

Hacia una teoría del fascismo Las interpretaciones cambiantes del totalitarismo

GINO GERMANI

Los problemas presentados por el enfoque sociológico encaminado hacia un análisis del fascismo continúan aún abiertos a la discusión y en plena vigencia. De hecho, podría decirse que hasta ahora ha sido posible lograr una interpretación más dura del fascismo. Por una parte, la experiencia histórica se ha ampliado en forma considerable, en la medida en que nuevas formas de fascismo o de regímenes y movimientos de apariencia fascista han hecho su aparición en una gran variedad de sociedades y de condiciones históricas, incluyendo a las nuevas naciones o a las que se encuentran en etapa de desarrollo. Por otra parte, la acumulación de un conjunto de teorías, hipótesis y hechos puede contribuir al logro de enfoques aún más refinados, o por lo menos, a reformulaciones más comprensivas.

Las interpretaciones en torno al fascismo han venido cambiando desde que hiciera su aparición por vez primera en Italia. Para la gran mayoría de sus contemporáneos, el fascismo italiano apareció como un producto inesperado e imprevisto de la Gran Guerra, como una completa desviación de la principal corriente de la historia. Es un hecho, que la fe o las "ilusiones", como lo señala Sorel, en un progreso sin fin, fueron conmocionadas al irrumpir el primer conflicto mundial, y aun antes de que éste estallase, no sólo entre los intelectuales sino también entre un vasto sector del público. Sin embargo, la posibilidad de un colapso permanente o prolongado tanto de la democracia como de la libertad en un país europeo, era considerado ciertamente como no factible por la gran mayoría de las gentes en los países occidentales. Debe hacerse notar que el clima intelectual de Europa ha venido cambiando desde principios de siglo. Para no referirnos a las ya muy bien conocidas "profecías" de Burckhardt o de Tocqueville, y con el fin de mantenernos dentro del terreno de la teoría social, diremos que aquellos

otros nuevos enfoques de Pareto y de Mosca, o el de la persuasión de Michels, así como algunas otras teorías más, elaboradas por la sociología moderna, incluyen muchos elementos que arrojan una luz inquietante en torno a la forma futura de "modernidad" tan en contraste con los sueños populares de la época.

Ni que decir que cuando en los años veinte el fascismo arribó al poder, cuando el comunismo ruso aún no había alcanzado la etapa totalitaria y el nazismo se encontraba en proceso de estructuración, muchos políticos e intelectuales, tanto en Italia como en el exterior, manifestaron tendencia a interpretarlo con base en los factores accidentales o relativamente temporales (las primeras versiones de la hipótesis del "paréntesis"), enfatizando los rasgos peculiares de la historia italiana (la hipótesis "histórica").¹ Aun los marxistas, si bien interpretan al fascismo como una expresión de la lucha de clases dentro de la sociedad capitalista, no pudieron menos que enfatizar considerablemente las condiciones históricas específicas del capitalismo en Italia.² En todas estas explicaciones estaban ausentes los enfoques sociológicos y psicológicos, siendo todos los análisis formulados en función de las teorías políticas o económicas, o bien en función de la historia de las ideas.³

Sin embargo, en los años treinta, y especialmente después de la consolidación del Tercer Reich, fueron agregadas nuevas dimensiones a estas interpretaciones. Se reconoció que la "crisis de la democracia" era la manifestación de una crisis aún más general de nuestros tiempos, y tal vez, la del colapso y el derrumbe del mundo moderno. Estos nuevos enfoques aportaron explicaciones psico-sociales, con frecuencia fuertemente influidas por la psicología freudiana y la neo-freudiana, así como por las hipótesis sociológicas que ponen de relieve los rasgos estructurales y las tendencias históricas de la sociedad moderna. Construcciones teóricas tales como la "personalidad autoritaria", la desintegración social, el "desplazamiento" de vastos sectores de la sociedad, el derrumbe o "pérdida" de la comunidad, la posición cambiante de las élites y la insurgencia de las masas, se convirtieron en los instrumentos de mayor poder estratégico en el análisis de todas las especies de totalitarismo. Las teorías psicológicas en torno al síndrome autoritario, las teorías sociológicas y psicológicas acerca de la sociedad masa (masiva), las definiciones formales y las tipificaciones o tipologías del Estado totalitario, fueron aplicadas a una gran variedad de casos: del fascismo o del nazismo al comunismo y a los regímenes de masas en las naciones en desarrollo.⁴

La función de la clase como factor explicativo bien del origen o bien del desarrollo y del mantenimiento del totalitarismo no fue negada ple-

namemente; pero ocupó un sitio secundario en esa estructura analítica general. Las sociedades y los movimientos totalitarios fueron interpretados como una consecuencia derivada de la ampliamente difundida y propagada desintegración de los procesos que, en realidad, afectaban por igual a todas las clases sociales. De ahí que se atribuyese un menor significado o se le concediese simplemente una importancia meramente accidental al “reclutamiento” de las clases, a la orientación de clase, y a los intereses clasistas. Las explicaciones que enfatizaban las peculiaridades nacionales también proyectaron y siguieron nuevos enfoques. De hecho, tales peculiaridades fueron interpretadas de acuerdo con la tendencia predominante, en términos antropológico-culturales, considerándolas como manifestaciones y expresiones de un carácter nacional o como componentes culturales específicos.⁵ Finalmente, el análisis histórico de las ideologías aportó una perspectiva distinta, en virtud de la cual el nacimiento del totalitarismo fue interpretado a la luz del desenvolvimiento y del desarrollo del pensamiento social y político europeo, especialmente a partir de la Revolución Francesa.⁶ Muchos de los nuevos enfoques hicieron hincapié en las similitudes existentes entre las diversas especies de los nuevos “Estados”, para lo cual elaboraron un modelo totalitario en que fueron incluidos tanto el totalitarismo de izquierda como el de derecha. Aunque la identificación del comunismo soviético como simplemente otro tipo más de Estado totalitario se vio afectada por la pauta cambiante de los alineamientos extranjeros y de los conflictos internacionales, debe considerarse como la tendencia predominante (entre los escritores no marxistas), en especial a partir de la época de la guerra fría. Finalmente, en los años cincuenta, esta interpretación se hizo extensiva a los nuevos “Estados masas” que habían hecho su aparición en algunos de los países en desarrollo. Y fueron principalmente los casos de América Latina los que, en virtud de ciertas similitudes existentes en las tradiciones culturales, parecían conformarse con mayor aproximación a tales generalizaciones. Fue entonces cuando la interpretación del fascismo y del totalitarismo manifestó una marcada tendencia a fusionarse con el problema más amplio que representan las condiciones que se requieren para la existencia de la democracia representativa, y las relaciones entre la modernización, el desarrollo económico y el cambio político. De hecho, el problema total de los regímenes de “masas” y monolíticos, en oposición a los sistemas de partidos políticos combativos (competitivos), podría, ahora, ser visto y analizado dentro del contexto del “desarrollo político”⁷

En este ensayo serán exploradas tanto la clase y la “sociedad masiva” (masa) como sus respectivas funciones, considerándolas como factores explicativos de carácter general respecto del nacimiento del fascismo

y del totalitarismo. Este análisis será guiado tomando en cuenta el amplio contexto que presentan y ofrecen algunas teorías del desarrollo político y de la modernización social. Debe hacerse notar que no constituye el propósito de la presente discusión descartar la necesidad y la utilidad de otros enfoques, como los que se mencionaron en párrafos anteriores y otros no citados aquí. De hecho, la cultura, el contexto histórico concreto y específico de cada nación, así como los factores relacionados con las situaciones, son componentes estrictamente necesarios de cualquier intento dirigido a la comprensión y explicación del fascismo. Por tanto, los límites impuestos al análisis no constituyen sino un mecanismo metodológico. Es de esperarse que del examen de las más importantes y destacadas teorías en torno a la clase y a la sociedad masiva (masa), pudieran presentarse sugerencias acerca de construcciones teóricas más adecuadas en torno al nacimiento de los movimientos y regímenes totalitarios bajo diferentes condiciones sociales y económicas, y de su significado histórico antagónico. La discusión teórica será complementada por un breve análisis del peronismo en Argentina, comparándolo, fundamentalmente, con la experiencia italiana. Los principales puntos de tal comparación son: el contraste y las diferencias entre las clases sociales que otorgan su apoyo a los movimientos de masas en cada país, y ciertas diferencias en la estructura social, así como otras concebidas en función de los términos de grado e índice de desarrollo económico y de modernización social. La cultura subyacente, los valores y las actitudes básicas y fundamentales son, en ambos casos, latinas, y una gran parte de la población argentina está formada por tres sucesivas generaciones de descendientes de italianos.

No se llevará a cabo ninguna tentativa encaminada a proporcionar una definición específica del fascismo. La presente discusión será orientada por nociones y conceptos más amplios y de mayor alcance en torno a los "movimientos" y "regímenes totalitarios". La comparación, sin embargo, bien pudiera presentar algunas sugerencias acerca de algunas distinciones útiles entre sus diversos tipos y bajo determinadas condiciones sociales variables.

La versión estructural (marxista) de la hipótesis de clase

Pueden distinguirse, por lo menos, dos principales orientaciones en el empleo de la "hipótesis de clase": la puramente marxista, y aquella otra, a la que en virtud de la carencia de mejores y más apropiados términos podemos calificar como "psicosocial". Es demasiado evidente que tal categorización no es sino una simplificación un tanto gruesa y burda. No sólo existen muchas otras variedades de las mismas orien-

taciones básicas, sino que ambas tesis, la marxista y la psicosocial, pueden utilizarse bien como enfoques comparativos, o recíprocamente complementarios. Por otra parte, las teorías de la sociedad masiva también han sido ya utilizadas y objeto de variadas reinterpretaciones, sobre todo consideradas como aportaciones de las teorías de clase (clasistas), en especial las del tipo psicosocial.

El enfoque marxista es bien conocido. En Italia y en todas partes constituyó, quizás, el primer intento que se llevó a cabo para explicar el fascismo con base en una teoría *general*. Autores como F. Neumann, M. B. Sweezy, R. A. Brady, y algunos otros⁸ consideraron al fascismo (y también al nazismo) como la "etapa final" en la evolución del capitalismo; una consecuencia condicionada en forma determinista por la dialéctica interna del propio sistema en sí. En uno de sus primeros y más comprensivos ensayos de este género, Guerin⁹ pretende establecer una relación directa entre el fascismo y algunos conceptos y nociones marxistas, por ejemplo, el que se refiere a la precipitación de las ganancias capitalistas. En su etapa ascendente, al capitalismo le podría parecer muy "ventajosa" la democracia; pero tales condiciones cambian en forma tajante en las etapas más avanzadas y posteriores del sistema, "en su fase ascendente".

Así pues, la necesidad de contrarrestar el descenso creciente del índice de utilidades y las crisis cíclicas cada vez más graves, exigen la reducción drástica o el retiro total de todas las "concesiones" hechas a las clases trabajadoras. Tales concesiones fueron hechas en términos políticos, económicos y sociales, en una época en que se las consideró tanto posibles como necesarias. Eran posibles porque la economía se encontraba en pleno proceso de crecimiento; y necesarias, porque constituían un poderoso medio para lograr la estabilidad del sistema bajo la democracia representativa. Mas la reducción drástica o la eliminación de los derechos políticos, sociales y económicos, no podía llevarse a cabo en un régimen de libre participación política; de ahí la necesidad de implantar alguna forma de dictadura o de "Estado fuerte". Aunque Guerin observó las diferencias de intereses entre los diversos sectores de la burguesía (dicho en otros términos, entre la industria "pesada" y la industria "ligera" o industria productora de bienes de consumo), llegó a la conclusión, de que, finalmente, el interés de clase habría de prevalecer e imponerse. Sin embargo, era un hecho que el fascismo, aun allí en donde continuaba siendo una minoría si se comparaba con el total de la población, continuaba siendo un movimiento "masivo" ("de masas") que contaba con la activa participación de un considerable e importante sector de la sociedad. ¿Dónde habría de reclutar la burguesía a sus "tropas"? Podría darse una fácil respuesta a esta pregunta con base en la estructura

de la teoría marxista. Las clases media y baja y determinados sectores sumamente tradicionalistas y en extremo deteriorados del proletariado podrían constituir la base humana necesaria para el fascismo, con el objeto de servir los intereses de los capitalistas. De acuerdo con el marxismo, la clase media no es clase "real". Bajo la amenaza de la "proletarización" (una consecuencia inevitable de la evolución capitalista) se halla expuesta a presiones encontradas y opuestas, amén de que podría, además, invocarse la "falsa conciencia" a fin de poder explicar su alianza con el capitalismo a despecho de sus lineamientos anticapitalistas (la mayoría inspirados en las actitudes precapitalistas imperantes entre la "vieja clase media", o bien, en el resentimiento que prevalecía entre las "nuevas" categorías de cuello blanco (N. del T.: esclavos de cuello blanco —"White collar slaves"— pudiera ser una expresión más exacta, en castellano).

Por lo que se refiere a los proletarios atraídos por el fascismo, tal desviación podría explicarse en función de los factores que en una u otra forma impidieron la formación, entre ellos, de una clase consciente. A este respecto, el concepto marxista del *lumpenproletariat* podría integrarse y ser incorporado con utilidad a este análisis.

Debe reconocerse, sin embargo, que los escritores marxistas no dejan de hacer notar la presencia de cierto número de importantísimos rasgos adicionales que no pueden deducirse directamente de suposiciones ortodoxas, y que fueron, de hecho, notablemente enfatizados en las teorías no marxistas. Bien vale la pena mencionar algunos de ellos. En primer lugar, los sectores integrantes tanto del fascismo como del nazismo no pueden ser reducidos exclusivamente a la clase media y al lumpemproletariado, toda vez que una profusa variedad de categorías bien distribuidas tomaron parte activa en su integración; entre otros, veteranos, desempleados, jóvenes, campesinos. Se reconoció que para todos estos grupos existía un rasgo común: su desarraigo. Es decir, que la base humana del fascismo fue proporcionada por un proceso de "desplazamiento" causado, fundamentalmente, por el deterioro del sistema capitalista, pero no por ello menos acentuado por las condiciones específicas de trastorno y alteración provocados por la guerra.¹⁰ Difícilmente podría pasarse por alto la función desempeñada por el desplazamiento. Aun en la concepción popular, por ejemplo en Italia, encontramos una palabra que expresa con toda claridad semejante situación: los fascistas eran considerados como *spostati*, literalmente, como personas "desplazadas". Más aún, se reconoció que el desarraigo tanto en las masas como en los líderes fascistas no podría considerarse como un mero accidente. La solución específica totalitaria no podría haber sido generada por el establecimiento capitalista preexistente. Para llevar a cabo esa tarea se nece-

sitaba de un conjunto de “forajidos” (persona al margen de la ley), para emplear el término que utiliza Laski.¹¹

Y esto condujo a dos observaciones aún más avanzadas, no poco comunes entre los marxistas: primero, que el régimen fascista logró conquistar un cierto grado de independencia y de autonomía igualando a la vieja y antigua clase dominante, lo que significó, al menos, la remoción parcial de la élite política establecida y consolidada;¹² y segundo, que el fascismo procreó un tipo de Estado sin precedente alguno en la historia, el *Estado totalitario*. La función central carismática y otros rasgos peculiares de los nuevos regímenes también fueron reconocidos con toda claridad por diversos autores.¹³

A la larga, el fascismo no fue sino la última defensa del capitalismo en sus dos fases (la avanzada y la declinante). Pero ambos *medios* —los sectores desplazados— y su resultado y consecuencia inmediatos —el Estado totalitario— fueron más allá de los propósitos e intenciones originales de la burguesía, y no podrían ser explicados plenamente de acuerdo con los términos marxistas. Finalmente, la interpretación marxista del totalitarismo, aun para los no comunistas, implica una tajante diferenciación entre el fascismo y el nazismo por un lado, y el comunismo por el otro.

La versión psicólogo-social de la hipótesis de clase

La participación de la clase media baja en los movimientos totalitarios de la derecha, mismos que desempeñaron una función complementaria en la interpretación marxista, convirtió en el factor central de la versión psico-social de la hipótesis de clase. Los conceptos utilizados con mayor frecuencia en relación con los mecanismos psicoanalíticos fueron los siguientes: “resentimiento”, “indignación moral”, “envidia”, “inseguridad” y “miedo”. De hecho, la construcción total de la *personalidad autoritaria* fue formulada, en gran parte, tomando en cuenta su relación respecto del comportamiento y la conducta de las clases bajas. Por otra parte, el enfoque psicólogo-social fue complementado con el análisis sociológico. Así, el proceso de fenómenos tales como el “desplazamiento”, el “desarraigo”, fue remitido y referido al análisis. Fueron, pues, analizados con mayor precisión, también por lo que respecta a sus conexiones con ciertas tendencias históricas inherentes a la sociedad moderna desde la época del Renacimiento. La función de otros factores sociológicos, tales como el “*status* de incongruencia”, el “*status*-pánico” y el “*status* de derivación”, fue puesta en evidencia; el énfasis al respecto varía según los diversos autores. La noción del “resentimiento” como un elemento de importancia en la actitud

y en la formación valorativa, así considerado también como motivación y factor de la propia conducta (comportamiento), tiene una historia ya relativamente larga dentro del pensamiento europeo. *La moralidad del esclavo* tal y como fue descrita por Nietzsche, fue a su vez, y posteriormente, elaborada por Max Scheler.¹⁴ En su fenomenología del resentimiento, Scheler sugiere la presencia de un determinado número de funciones típicas y de situaciones sociales que hacen factible la generación del resentimiento mismo: en especial la condición y situación social de la “solterona”, la “suegra”, los más ancianos, el sacerdote, y lo que para los efectos del presente estudio debe tomarse en cuenta, la clase tradicional “intermedia” en decadencia, por ejemplo, los artesanos (en contraste con el proletariado moderno que presenta una menor propensión al resentimiento). Traducidas a los términos sociológicos de hoy en día, estas funciones y condiciones sociales son caracterizadas y calificadas por Scheler como particularmente “desequilibradas”, sobre todo, en función de los términos consecuentes con el actual *status*, que está en franca oposición a las aspiraciones irreales.

En los años treinta estas sugerencias fueron objeto de una posterior y más avanzada elaboración y desarrolladas por Svend Ranulf y otros autores. Ranulf edificó sus teorías con base en las contribuciones clásicas aportadas a la historia del capitalismo por Max Weber, Sombart, y Groethuysen, pero fue él quien también dirigió estudios aún más detallados y sistemáticos acerca de los diferentes grupos sociales con el objeto de poder determinar la naturaleza y las condiciones sociales que caracterizan el resentimiento. El resentimiento se manifiesta a sí mismo como “una tendencia desinteresada a infligir castigos” (N. del T.: El autor hace sin duda referencia a la tendencia de los resentidos, quienes desean lastimar y castigar sin que para ello sea necesario que ellos sean las víctimas directas de una acción determinada) y siempre ha sido muy vigorosa, en especial, en aquella clase social que bien puede ser descrita con suma amplitud como la “pequeña burguesía”, o bien, como “la clase media baja”.¹⁵ Aquí, de nuevo, el resentimiento es relacionado con las presiones, los grupos de referencia en permanente conflicto, los sentimientos de inferioridad, y con la inseguridad básica, que tiene su origen en la posición “intermedia” de estos estratos sociales. Aunque el resentimiento y sus manifestaciones, por así decirlo, son endémicos en las posiciones que ocupa la clase media baja, pueden ser activados notablemente durante las épocas de crisis. En Italia y Alemania, por su parte, esa clase fue amenazada por el ascenso del proletariado y por la creciente concentración del poder y de la riqueza en manos de la burguesía. Como lo señaló Laswell,¹⁶ tal amenaza no fue idéntica a la proletarianización “objetiva” recientemente observada por los autores

marxistas. No es causada, necesariamente por la disminución de los ingresos y de la seguridad económica, sino por el “*empobrecimiento psicológico*” provocado por la distancia decreciente en relación con los estratos inferiores, y por la distancia en aumento respecto de los estratos sociales superiores.

Tal vez la formulación más completa y bien integrada de este enfoque la ha proporcionado Erich Fromm.¹⁷ Su modelo de “carácter social” en interrelación dinámica con la estructura social y con el cambio, debe ser considerado, en verdad, como un potente instrumento analítico. Proporciona la estructura que es necesaria para unificar en una formulación mucho más coherente tanto los enfoques estructurales y psicológico-sociales, como algunas de las contribuciones y aportaciones de la teoría sociológica clásica, tales como el periodo de transición hacia nuevas fuerzas de integración (de la comunidad a la sociedad, o bien, de la solidaridad mecánica a la solidaridad orgánica), y sus consecuencias concebidas en términos de la desorganización social o individual. Incorpora, asimismo, un análisis del “desplazamiento”, de la “atomización”, y de otros procesos aún más enfatizados por la hipótesis de la sociedad de masas (“sociedad-masa”). La crisis de la libertad en el mundo contemporáneo es examinada dentro de un amplio contexto histórico. El desarrollo y crecimiento de la racionalidad y de la individualización son los dos rasgos esenciales que caracterizan a la “gran transformación”, y son localizables en los orígenes de las tensiones psicológicas inherentes a nuestra moderna sociedad, a saber: sentimientos de enajenación, de aislamiento, de soledad, de inseguridad y de miedo. El derrumbe de los vínculos primarios del patrón tradicional da origen a un nivel superior y más elevado de individualización y un sentido más amplio de la libertad, pero simultáneamente, despoja al individuo del sentido de “pertenencia” y del apoyo emocional que éste le proporciona. Abandona al hombre y lo sume en la inseguridad y el aislamiento. El advenimiento de una sociedad dominada por organizaciones gigantescas, enormes, y la importancia descendente de las “estructuras intermedias”, contribuye a la intensificación de tales sentimientos.¹⁸ Para hacer frente a esta situación amenazadora, el individuo debe desarrollar varios mecanismos de defensa: “autoritarismo”, “destruccionismo” y “conformidad automática”. Las dos primeras pertenecen (y son rasgos característicos y distintivos) al bien conocido modelo de la “personalidad autoritaria”, misma que posteriormente fuera utilizada por Adorno y otros autores más en la investigación empírica.¹⁹ Cuáles son los mecanismos de defensa que deban ser activados depende de las condiciones sociales imperantes y prevalecientes en las distintas clases sociales. Tales condiciones moldearán su “carácter social típico”. En el

caso de la clase media baja, las tendencias serán el autoritarismo y la destructividad; en este punto la psicología del resentimiento es reinterpretada en función de los mecanismos psicoanalíticos. El proceso total es altamente intensificado en las épocas de crisis, en razón de las consecuencias del desplazamiento, la carencia de normas, la inseguridad masiva, el miedo masivo, sus resultantes inevitables. La “conformidad automática” representa una forma de enajenación y la pérdida parcial de la identidad; una tendencia a conformarse con las aspiraciones y anhelos de los demás, en una forma parecida a la que despliega la personalidad “por otros-dirigida” desarrollada y estudiada posteriormente por Riesman.²⁰ Fromm intenta reconciliar la interpretación marxista con el enfoque psicológico-social, no limitándose a integrarla en los niveles culturales y psicológicos sino también dentro de la interpretación histórica concreta y específica del nazismo, considerado como una manifestación de la lucha de clases en un periodo del capitalismo decadente. Pero este proceso se torna cada vez más “accidental” y llega a ser privativo de determinados países, puesto que los procesos psicológico-sociales subyacentes son una condición universal modelada y normada por específica estructura de la sociedad industrial moderna. La “personalidad autoritaria” llegó a ponerse de moda en los últimos años de la década de los años cuarenta, y también en los cincuenta, especialmente después de que fueron publicadas varias series escritas por Adorno y su grupo sobre el tema.²¹ Este último desarrollo fracasó sin lograr representar un avance de tanta significación. En primer lugar, la estructura conceptual llegó a ser francamente psicológica, perdiendo el enfoque mucho más productivo de Fromm. Por otro lado, pese a sus técnicas y sistemas metodológicos altamente refinados, no pudo sustraerse y escapar a las deformaciones ideológicas.

Se hizo sumamente notorio el unilateral énfasis concedido al *autoritarismo de derecha*. Como lo ha señalado Shils, el “síndrome autoritario” podría también haber encontrado su expresión y ser manifestado en las ideologías de extrema izquierda.²² En este sentido representó también un paso atrás, ya que Fromm había percibido con toda claridad la naturaleza general del proceso en la sociedad moderna.

La sociedad-masa y el nacimiento del totalitarismo

Las teorías sobre la sociedad masiva o de masas ocupan un sitio prominente en la sociología contemporánea; en sus orígenes, la aportación de la tradición sociológica clásica ha resaltado, y la literatura de la crítica sobre el tema es muy abundante. Por lo tanto, las referencias serán restringidas, limitándose a lo que tiene mayor importancia para

la presente exposición. Muchos de los temas que fueron tomados en cuenta en la revisión precedente aparecerán, de nuevo, en el contexto de esta teoría. Su punto de partida es la transición entre lo tradicional a lo moderno, con sus familiares implicaciones en función del crecimiento y del desarrollo de la racionalidad y de la elevada individualización. Como de costumbre, se hace hincapié sobre las consecuencias negativas, tales como la desorganización individual y social, la enajenación y el aislamiento, el debilitamiento de los vínculos primarios y el creciente deterioro de las “estructuras intermedias”. Estos procesos, aunados al crecimiento de la organización monolítica, a la burocratización, a las formas estereotipadas y estandarizadas del ocio y de la diversión masivas, y al consumo masivo, conducen nada menos que a la “masificación” de los individuos; esto es, a su “atomización”, a su desindividualización y a la pérdida de su identidad (el extremo opuesto, antagónico, que caracteriza el nacimiento del proceso contrario, el de individualización en la sociedad moderna, y la negación de sus valores superiores: razón, libertad, individualidad). A estos rasgos, también enfatizados por la “hipótesis psicológico-social” debe añadirse otro tema central: la relación cambiante entre masas y élites. La primera corresponde a lo que Mannheim llamó “democratización fundamental”, un proceso mediante el cual “la sociedad industrial moderna sacude y pone en acción a aquellas clases que antiguamente desempeñaban un papel pasivo en la vida política”. La democratización fundamental trae hasta el frente de vanguardia (al primer plano) a aquellos grupos caracterizados por un nivel inferior de racionalidad y al mismo tiempo, amenaza la “exclusividad” de las élites. La democratización fundamental, junto con otras tendencias de la sociedad moderna (corrientes), se proyecta, de hecho, hacia la modificación de las relaciones entre las élites y las masas. La multiplicación de las élites, las formas de reclutamiento, los cambios en su composición y la destrucción de sus “exclusividades”, deterioran las condiciones que se requieren para mantener sus propias funciones; esto es, la creatividad y un nivel más elevado de racionalidad.²³ La “invasión” de las funciones de las élites por parte de las masas, se ha venido percibiendo desde el siglo XIX, y ha sido denunciada especialmente por los escritores conservadores y “elitistas”.²⁴ Mannheim, sin embargo, se manifestó más interesado en el derrumbe de la democracia y del liberalismo como una consecuencia de la masificación, que en el mantenimiento de los valores aristocráticos. La democratización fundamental, cuando alcanza el punto de masificación, se convertirá exactamente en lo contrario: “una democratización negativa” esto es, en una inversión de la modernización. Su forma típica es el Estado totalitario.

Sin embargo, la sociedad masiva debe ser considerada como una pre-

condición necesaria mas no suficiente para que surjan los movimientos totalitarios, y eventualmente, los régimenes de la misma índole. Aquí encontramos, de nuevo, la noción del “desplazamiento” como otro factor que también es requerido. Las masas y las élites deben encontrarse “disponibles” para la acción.²⁵ Kornhauser, que ha interitado una brillante y aleccionadora sistematización de la teoría de las masas en relación con el totalitarismo, dice que la liberación y la elevada disponibilidad son originadas por las “descontinuaciones, que son proceso social”, y por el alto índice de cambio.²⁶

Las reformulaciones posteriores de las hipótesis de la sociedad masiva, como en el caso de Kornhauser, podrían extender sus generalizaciones a los movimientos de masa en las sociedades que se encuentran en proceso de desarrollo. Algunos de los conceptos previos adquieren significados adicionales. El concepto “movilización social” interpretado como la “liberación” de la norma y del patrón tradicional y el ingreso (entrada) en formas modernas de comportamiento²⁷ estaba íntimamente relacionada con la teoría de la “democratización fundamental” de Mannheim. Al mismo tiempo podía interpretarse como una forma de “desplazamiento” y con un factor para la disponibilidad bajo condiciones de cambio rápido y de ausencia de conductos adecuados para la integración.²⁸ Este concepto, a su vez, evocó otra corriente de importancia: el análisis de la extensión de los derechos cívicos, políticos y sociales a las clases bajas y finalmente a toda la población, tal como fue descrito en el caso concreto de Inglaterra, en el muy conocido artículo que escribió Marshall.²⁹ De hecho, un acelerado índice de movilización no era, en sí mismo, causa *suficiente* para determinar el desplazamiento y la disponibilidad: la carencia de conductos, *o bien, de conductos inadecuados para la integración*, era también una condición necesaria. Dichos conductos son proporcionados no únicamente por la legitimación de los derechos, sino también por la existencia de partidos políticos o de otras organizaciones capaces de expresar el sentir de las masas recientemente movilizadas dentro del amplio contexto del orden político y social, cualquiera que pueda ser la ideología manifiesta de tales organizaciones. Estas consideraciones han proporcionado ahora una estructura adecuada para interpretar los movimientos y los régimenes de masas en los países en desarrollo.³⁰

El rechazo total o parcial de la interpretación de “clase” es una característica común de la teoría de las masas. Mannheim, por ejemplo, reconoció el papel que desempeñó la clase media en el ascenso del fascismo, pero insiste mucho más en las tendencias y los conflictos inherentes a la sociedad moderna. Lederer y otros autores ponen casi exclusivamente todo su énfasis en el papel que desempeñan las masas. Una clase u otra pueden predominar en la primera etapa del movimiento, pero el régimen, en sí,

es la dominación de las masas por las masas.³¹ Los hechos de diferenciación del reclutamiento de clase en los diversos movimientos fascistas y totalitarios difícilmente podrán negarse.³² Sin embargo, esto podría interpretarse en dos formas. En primer lugar uno podría examinar los otros elementos componentes de los movimientos masivos. Como suele suceder, también para los partidos políticos “normales” (aun en una sociedad que presenta elevadas escisiones de clase en su vida política) existe siempre una proporción de simpatizantes y miembros que los apoyan, y éstos tienen orígenes sociales caracterizados por una conducta “desviada”. Esto es verdadero y puede observarse con gran claridad en los movimientos fascistas, comunistas, nazis y otros movimientos de masas.³³ O bien, podría reconocerse la diferencia en la composición, pero advirtiendo que la “teoría de la sociedad de masas no es contradicha por la diferencia de clase existente entre el fascismo y el comunismo . . . puesto que las características masivas comunes pueden subsistir y coexistir junto con las diferentes características de clase. Por el contrario, justamente en virtud de que el fascismo y el comunismo no son similares por lo que respecta a su composición, no podemos emplear la teoría en función de sus semejanzas, especialmente de su totalitarismo”.³⁴

En la misma dirección, Lipset, utilizando informes acerca de una variada gama de países, ha demostrado que el autoritarismo no es, necesariamente, un fenómeno de clase media. Las condiciones ambientales específicas (estructura de la familia, socialización previa, aislamiento, carencia de estímulo intelectual y otras semejantes) bien pueden explicar las actitudes autoritarias de los proletarios. Sin embargo, Lipset no infiere de lo anterior la existencia de una propensión determinista y fatal hacia el totalitarismo en las clases bajas. Viviendo en un ambiente intelectual simplista y más que inarticulado, es factible que el trabajador escoja la alternativa más compleja, misma *que puede ser (o puede no ser)* el movimiento totalitario.³⁵

Otro tipo de enfoque teórico, también directa o indirectamente relacionado con la teoría de la “sociedad de masas” (masiva) ha concentrado su atención en las características *formales* comunes del Estado totalitario. Aquí las clases no son consideradas como muy relevantes respecto del problema. Las diferencias observadas en los movimientos que se sustentan y apoyan en las bases antagónicas clasistas fracasan cuando pretenden establecer importantes rasgos diferenciativos. Aun si los movimientos izquierdistas y derechistas no son semejantes, “son lo suficientemente parecidos como para que se les pueda clasificar conjuntamente, contrastándolos no únicamente con los sistemas constitucionales, sino también con los anteriores tipos de autocracia”.³⁶ El problema, sin embargo, no es simplemente un problema de definición o de clasificación: este enfoque

conduce a borrar todas las diferencias concebidas en términos del impacto económico, social y político, así como respecto de su significado histórico en un contexto más amplio. La teoría de las masas no solamente descarta una posición más adecuada, al considerar la relación general entre las clases y el autoritarismo.

Por ejemplo, Lipset acepta que bajo ciertas condiciones dadas, todas las clases, por igual, pueden volverse autoritarias; mas no niega a la clase como un factor significativo, puesto que “resultaría imposible comprender la función y el éxito variable de los movimientos extremistas a no ser que los distingamos e identifiquemos sus bases sociales distintivas y sus ideologías, tanto como logramos saberlo por lo que se refiere a los partidos y movimientos democráticos”.³⁷

Finalmente, debe mencionarse otra crítica más: “la teoría de las masas” ha exagerado el efecto de la “pérdida de la comunidad”. Tanto en el pensamiento teórico como en los hallazgos y descubrimientos de la investigación, especialmente en el terreno de la sociología urbana, se ha demostrado que subsisten los vínculos primarios en grado muy extenso en la sociedad urbana o metropolitana. Están, ciertamente, modificados, pero no fallan en representar y reasumir las mismas funciones, puesto que otorgan a los individuos apoyo emocional y sentimientos de pertenencia. Y esto es cierto no únicamente por lo que se refiere a aquellos países que han resistido al totalitarismo, sino por lo que respecta a aquellos otros en los cuales ha triunfado. En estos últimos la mayor parte del impacto del desplazamiento fue creado por las condiciones específicas, afectando a clases determinadas, y no por las condiciones generales prevalecientes en la sociedad de masas.

La teoría de las masas puede proporcionar una muy importante y necesaria estructura teórica para el análisis del totalitarismo. Sin embargo ésta es incompleta y su deficiencia no radica solamente en su relativo descuido y negligencia del concepto de clase, sino también en el hecho de que *falla cuando pretende establecer la distinción entre las diferentes formas de movilización y de desplazamiento*, en especial, entre los procesos sociales que se producen en el contexto de las sociedades modernizadas (o entre algunos de sus sectores integrantes), y aquellos otros que se operan en los países en desarrollo. Tal vez las teorías de clase y de masas deben volverse a formular dentro de una estructura más general que abarque la movilización, el desplazamiento, y la disponibilidad. Esa reformulación fue sugerida por los movimientos de masas y por los movimientos “nacional-populares” en la América Latina, ya que ambos han sido considerados por la imaginación de la opinión pública predominante y por la teoría en boga, como fascistas o totalitarios.

Movilización, clases y movimiento de masas

Una estructura general del proceso de movilización fue sugerida ya antes.³⁸ Sin embargo, aun en esta breve presentación, unas cuantas páginas deben serle dedicadas. Una teoría de la movilización podría distinguir *a)* momentos diferentes o fases que se presentan durante el proceso, y *b)* los diferentes tipos de movilización. Por regla general, estas distinciones suele ser descuidadas o insuficientes en las teorías más conocidas.

La movilización es un proceso de cambio social y sus diferentes "momentos" (fases), que pueden tener lugar simultáneamente o sucesivamente son las siguientes: I) un estado de *integración* (dentro de una pauta estructural específica); II) un proceso de *derrumbe* o de *desintegración* (que afecta a algunos de los aspectos de la estructura existente); III) *la liberación del individuo* (y de los grupos sociales); IV) respuesta a la liberación (*entrega o disponibilidad*, por ejemplo, *la movilización psicológica*); V) *la movilización objetiva*; VI) *reintegración* (que puede acaecer dentro de una *estructura modificada* distinta, en mayor o menor grado, de la estructura preexistente).

Se dice que una sociedad está *integrada* (y se la define como tal) si existe un *suficiente* grado de correspondencia o de congruencia entre los siguientes tres niveles: *a)* el nivel normativo (esto es, el sistema de normas, valores, status, funciones regulatorias de las acciones sociales, todos ellos institucionalizados y legítimos; *b)* *el nivel psicológico-social* (la internacionalización de las normas, valores, etcétera, concebidos en términos de las motivaciones, actitudes, aspiraciones y carácter de la estructura); y *c)* *el nivel ambiental* (la totalidad de los elementos externos dentro de los cuales se producen las acciones sociales). Cuando tal correspondencia existe en relación a la sociedad total o a algunos de sus grupos componentes o integrantes, el comportamiento de los individuos (y en especial su participación en las diferentes esferas de la conducta) será exactamente tal como se ha predicho de acuerdo con la línea normativa de la estructura. Será la conducta legitimada y debidamente institucionalizada (definiendo la legitimación en función de los términos de aceptación por parte de la sociedad, así como también con base en los sectores hegemónicos).

El derrumbe o la desintegración se producirá siempre que tal correspondencia sea alterada por el cambio en alguno de los tres niveles. La respuesta puede dar origen tanto a reacciones pasivas como a reacciones activas. Las primeras constituyen la *retirada* (apatía, desorganización personal y sus correspondientes consecuencias: la pereza mental, la criminalidad, etcétera). La *disponibilidad* es la respuesta activa y

consiste en una propensión a la intervención. Aquí, la tendencia (cualquiera que sea la expresión que pudiera asumir en el nivel consciente) consiste en lograr restablecer de algún modo la correspondencia entre los niveles. La disponibilidad no es todavía acción propiamente dicha; es, simplemente, una forma de *movilización psicológica*. Finalmente, la *reintegración* pone de manifiesto el tipo de participación (o en términos generales —de una manera más general— la acción social expresada por la movilización), que se está institucionalizando y legitimando dentro de una sociedad aún más amplia.

Jamás ha existido una sociedad en estado perfecto de integración. El cambio es permanente y universal. La reintegración implicará siempre un cierto grado de cambio estructural, pero éste tenderá a ser más drástico y a asumir formas y expresiones revolucionarias dependiendo del índice de movilización y de las condiciones de la integración. La integración requiere de canales y conductos que pueden asumir múltiples formas, a saber, principalmente: *i)* Cambio de las condiciones en los niveles ambientales y normativos. Tales cambios podrían permitir por lo menos una mayor satisfacción parcial a los sectores movilizados tanto en función de los términos relacionados con las condiciones ambientales, como respecto de la legitimidad normativa. La naturaleza de la “satisfacción” puede variar de satisfacción “substituta” o pseudosatisfacción (por ejemplo, la pérdida del *statu* compensada por una proclamada superioridad racial o nacional), hasta una satisfacción *real* (por ejemplo, la movilización social ascendente, la participación verdadera en la toma de decisiones). *ii)* Estructuras *legítimas* apropiadas capaces de proporcionar expresión política a los sectores recientemente (o de nuevo) movilizados. Tales estructuras —partidos, sindicatos, u otras organizaciones—, pueden ser legitimadas en función del orden social existente, aun si su superficie ideológica se *manifiesta seriamente en contra del statu quo*. Como ya se indicó, éste fue el caso del movimiento social de protesta en los países occidentales: canalizaron la protesta de los sectores movilizados, *pero como organización* o grupo fueron aceptados, o por lo menos, tolerados. Lo que aquí adquiere importancia es el grado de resistencia a los que se enfrentan, y el nivel de tolerancia respecto del conflicto por parte de la sociedad. Las condiciones *i)* y *ii)* son más complementarias y se excluyen mutuamente.

Cuando los *índices* de liberación (entrega) son muy elevados y no existen los *canales y conductos apropiados de integración*, o bien son *insuficientes* o su *formación es demasiado* lenta, entonces sucede lo siguiente: que el proceso puede dar origen a un *desplazamiento* mismo que ha sido frecuentemente relacionado con el advenimiento explosivo de movimientos políticos y sociales. Siendo éste el caso, la reintegración

se producirá a través de los movimientos de masas y presentará drásticos cambios en la estructura política o social, o bien, en ambas.

Aun bajo condiciones de elevado desplazamiento, la formación actual de los movimientos de masas, así como su orientación y naturaleza, serán extensamente determinados por la presencia de otros factores.

Entre los condicionantes de la formación de los movimientos masivos deben mencionarse la existencia de las masas y las élites disponibles, y la disponibilidad de la ideología. El primer punto ya ha sido discutido.

La disponibilidad en la élite es creada por los mismos mecanismos tal como fueron descritos en relación con las masas. La élite debe encontrarse en condición de intenso desplazamiento, más aún: la élite “establecida” no es capaz de asumir la jefatura directa de un movimiento de tipo extremista (aunque pudiera utilizarlo). Una combinación formada por masas rápidamente movilizadas y una élite “establecida” puede elaborar una ideología de *superficie* extremista, pero manifestándose incapaz de transformarla en una acción revolucionaria real. Un movimiento tal es factible que se aproxime, en apariencia, al tipo de conducto legítimo descrito en párrafos anteriores. La élite disponible puede ser reclutada “interna” o “externamente” en relación con las masas disponibles. Este factor es importante, pero no será considerado aquí.

La tercera condición necesaria para que surja un movimiento político-social, está constituida por la disponibilidad de las ideologías apropiadas. El movimiento debe buscar su expresión ideológica adecuada y la selección de ideologías no es arbitraria, como lo han sugerido algunos autores. La selección acertada no únicamente determinará en extenso grado el éxito del movimiento (siendo iguales todas las demás condiciones), sino que, además, la ideología misma tenderá a ejercer alguna influencia sobre la naturaleza del movimiento.

Entre las principales condiciones determinantes de la naturaleza y de la orientación del movimiento deben mencionarse: *i*) El tipo —primario o secundario— de la movilización; *ii*) La clase o clases predominantes en los sectores movilizadas y los efectos de la “entrega” en función de la movilidad social; *iii*) La configuración existente de los grupos movilizadas y no movilizadas, sus intereses y actitudes; *iv*) El “clima” histórico en el nivel internacional en que se está realizando el proceso; *v*) El alcance y la naturaleza de las satisfacciones (en función de los cambios ambientales), los cuales pueden efectivamente estar dados a la masa movilizada.

Requieren cierta aclaración las distinciones existentes entre la movilización *primaria* y la movilización *secundaria*. Y ello se remite al tipo de estructura social pre-existente. *Primario* es el proceso que acaece

dentro de una estructura no industrial y *más* “arcaica” o tradicional. El *secundario* denota la desintegración, la liberación y la movilización desde una estructura industrial *más* moderna. En el primer caso el sector desplazado es, por definición *no participante* y marginal respecto de la sociedad moderna. La “democratización fundamental” de Mannheim, así como la “movilización social” de Deutsch presentan cierta semejanza con la *movilización primaria*, en tanto que el “desplazamiento” y la “disponibilidad” (como son empleadas en la versión psicológico-social de la hipótesis de clase), y la teoría de la sociedad de masas se remite a la *movilización secundaria*. La especie de “marginalidad” será muy diferente en los dos tipos.

En la movilización primaria, el sector movilizado es un elemento no participante con respecto a la sociedad moderna, y su marginalidad es *previa* a su incorporación a la estructura moderna. La movilización secundaria, afecta en muchos aspectos a sectores que *ya* son *participantes* en el sector moderno, y los cuales han sido *desplazados*, convirtiéndose en marginales a consecuencia de la inflación, el desempleo en masa, la guerra, la pérdida del “*status* relativo”, la movilidad *descendente* y otros procesos similares.

La diferencia, en cuanto a la marginalidad se refiere, se puede ejemplificar por los dos tipos existentes de no-votantes: el que tradicionalmente se ha abstenido de votar, y el de carácter enajenado, es decir, aquel al que este aspecto le ha llegado a ser indiferente porque no se halla satisfecho con la política. La carencia de una distinción o bien, la confusión entre la movilización primaria y la movilización secundaria han sido la causa de equívocos e incomprensiones respecto del análisis de la sociedad de masas y el totalitarismo.

De todas las combinaciones que pueden lograrse con las condiciones, podría construirse una gran variedad de situaciones diversas y diferentes. Sin embargo, nuestra disertación se enfocará hacia el caso del peronismo argentino y al del fascismo italiano.

El surgimiento del fascismo en Italia se caracterizó por la presencia de dos procesos de movilización: 1) la *movilización primaria* de vastos sectores de las clases bajas, y 2) la *movilización secundaria* de amplios sectores de las clases medias bajas. Ambos procesos habían sido originados por las consecuencias derivadas de la Gran Guerra. Sin embargo, para cada uno de ellos la naturaleza del impacto fue muy diferente. La primera etapa de la movilización primaria se inició en la última década del siglo XIX. Asumió idéntico patrón normativo, al igual que en otros países occidentales. Grandes movimientos de protesta —tales como los del Partido Socialista y la CGL— proporcionaron expresión política a los sectores movilizados. Y aunque surgieron algunos conflictos graves,

la “movilización” encontró conductos *legitimados* o por lo menos tolerados. Su naturaleza no cambió, pero sí experimentaron un cambio su índice y proporción. La sindicalización (en la CGL) dio un gran salto, pasando de un nivel de aproximadamente 300 000 (en el periodo de 1911-1917) a 1 159 000 en 1919, llegando a alcanzar la cifra de 2 200 000 en 1920. Otro vasto sector de masas (1 250 000) se encontró en la Federación Católica.³⁹

Idéntica y súbita expansión se presentó en lo que se refería a la participación electoral. Italia había pasado de un régimen de participación “limitada” a otro de participación “amplia”, en 1913. De aproximadamente 1 800 000 votantes en el año de 1908, pasó a cerca de 5 000 000 en 1913. En la elección de 1919 (la primera que se efectuó después de la guerra), los socialistas emergieron como el partido político más numeroso, seguido del Partido Popular (católico). Ambos partidos representaron movimientos de masas, mas no eran organizaciones revolucionarias. Lo anterior es obvio por lo que respecta al Partido Popular, pero no es menos auténtico por lo que se refiere al Partido Socialista, a pesar de su ideología. Ambas élites eran *legitimadas* y no “marginales”. La jefatura socialista de todos los matices y tendencias, cualquiera que fuese su ideología verbal, podía considerarse como virtualmente absorbida dentro del sistema. La extensión progresiva de los derechos, la participación parlamentaria efectiva, y otros aspectos más, así como una pauta de integración política deliberada⁴⁰ habían eliminado o reducido su potencial revolucionario. Éste es el principal factor que impidió la toma del poder por parte de la bien organizada clase obrera. Los efectos del “desplazamiento” causados por la guerra y concebidos en función de una muy rápida y extensa movilización ya no podrían transformarse en un movimiento revolucionario debido a la carencia de una élite “disponible”.⁴¹ Por el contrario, se desvaneció en lo que en muchos casos no era sino una alteración social sin propósito o finalidad alguna. Por otra parte, es necesario recordar algunos otros mecanismos de integración: la movilización concebida en términos de una aspiración siempre en aumento y dirigida hacia nuevas formas de participación y de consumo que ya habían sido encontradas al llevarse a cabo la extensión de derechos sociales⁴² y un aumento de los salarios reales.⁴³ Los observadores contemporáneos, así como muchos historiadores, han caído en la cuenta de que la tensión imperante comenzó a decaer en 1920. Esa decadencia fue seguida del pináculo de la violencia fascista, interrumpiéndose en esa forma un proceso de integración no muy diferente de la experiencia europea occidental, y el que de hecho fue adoptado con éxito y continuó su curso después de la Segunda Guerra Mundial.

La movilización secundaria de la clase media siguió un curso muy

diferente. No fue absorbida por los mecanismos preexistentes de integración y, por lo tanto, podía ejercitar con toda libertad su impacto. En primer lugar, no existían conductos apropiados para encauzar la expresión política: ninguna tradición vinculaba a los sectores “desarraigados” a ningún partido específico o a organizaciones existentes (como sucedía en el caso de la clase obrera). En segundo lugar, la “reequilibrio” sólo podía alcanzarse a través de la desmovilización de los estratos inferiores o, por lo menos, requería de la misma como un aspecto de su importancia para su satisfacción. Se reconoció con toda amplitud que el desequilibrio había originado la pérdida del “*status social*” (concebido en función del prestigio, así como también en términos de riqueza y poder) a la clase media urbana.⁴⁴ Y tal pérdida había tenido lugar tanto en los términos absolutos como en los relativos: distancia decreciente en virtud del avance y progreso de la clase trabajadora, absoluta movilidad descendente en función del desempleo, la inflación, los ingresos decrecientes, y, también, la influencia política en descenso. La pérdida del *status* en términos relativos adquirió una especial importancia en virtud del *elitismo* predominante y de la naturaleza inequitativa del sistema de estratificación. El avance de la clase obrera fue resentido por la élite, y se le consideró como una invasión, o bien como una usurpación de dicho *status*. En tercer lugar, una élite “desplazada” encontraba ya *disponible*. Más aún: la ideología adoptada finalmente por el movimiento fue altamente propicia para las profundas motivaciones del sector movilizado: en parte logró satisfacer su necesidad de reequilibramiento a través del énfasis en el orden, la “disciplina”, la “jerarquía”, y también a través de la desmovilización de las clases bajas. Desplazó parcialmente las frustraciones, de un nivel de individuo o de clase a otra nacional, en función de las reivindicaciones nacionales, los sueños de poder imperial, y otras por el estilo. Todos estos factores influyeron en la formación y el crecimiento de los movimientos de masas con un alto potencial revolucionario y una naturaleza en extremo autoritaria. Sin embargo, su éxito real, y su transformación en un Estado totalitario fueron posibles debido a otros factores adicionales: ante todo los intereses predominantes de la clase gobernante establecida y consolidada. La responsabilidad directa del “Establecimiento” (la clase política gobernante, la monarquía, el militarismo, las élites económicas) por lo que respecta al apoyo activo o pasivo brindado al fascismo no es negado ni refutado con seriedad por nadie. El establecimiento y la consolidación necesitaron, asimismo, de la desmovilización parcial y tal vez temporal de las clases bajas, pero carecieron de las condiciones requeridas para el cumplimiento de esa tarea. No podía ir más allá de los límites de su propia tradición política. Esto también resultó cierto

por lo que se refiere al sector relativamente más progresista de la clase gobernante.

El caso argentino presenta determinado número de similitudes y también de cruciales diferencias, las cuales, en nuestra opinión, contribuyen a explicar los reiterados fracasos en establecer un régimen fascista "clásico", y también el éxito del peronismo.

En los últimos treinta y siete años, se presentaron cuatro intentos para establecer el fascismo en Argentina. El primero tuvo lugar en el periodo de 1930 a 1932, cuando un golpe militar interrumpió siete años de gobiernos constitucionales, mismos que funcionaban bajo el sistema de la democracia representativa. El segundo se registró en el periodo comprendido de 1943 a 1945; su resultado fue el peronismo. El tercero acaeció de septiembre a octubre de 1955, cuando el régimen peronista fue derrocado por un golpe conjunto de civiles y militares. Finalmente, en la reciente asonada para establecer un "estado corporativo", la que al parecer fracasó de nueva cuenta.

A partir de la segunda mitad del siglo XIX Argentina experimentó un proceso muy acelerado de crecimiento y de modernización. Esta expansión económica fue determinada por su incorporación al mercado mundial como exportador de productos alimenticios. La inversión masiva europea (británica) y la inmigración también masiva (italiana y española) transformaron por completo al país en unas cuantas décadas. Ya para 1900 Argentina se encontraba altamente urbanizada, su clase media había aumentado de un 10% en 1869 a un 25% en 1914. Y la expansión continuó (45% en 1960). Cuatro quintas partes de su población urbana está formada por "trabajadores de cuello blanco", gerentes y profesionistas asalariados. Hasta los años treinta, Argentina figuraba en el sexto lugar por lo que respecta a los ingresos *per capita*, y parecía, además, aceptablemente modernizada, en función, también de otros factores indicativos, como, por ejemplo, el nivel de vida, la fertilidad y la moralidad, la educación, etcétera.

A partir de las últimas décadas del siglo XIX la modernización política se llevó a cabo siguiendo el modelo y la pauta tradicionales europeas. Su transición de una participación "limitada" a otra "amplificada", presentóse casi simultáneamente que en Italia (1912) merced a una ley que hizo extensivo y otorgó el derecho al sufragio en forma efectiva a toda la población adulta (habitantes del sexo masculino). Sin embargo, la participación más amplia representó en Argentina un cambio en la base social del gobierno: en 1916 la clase media llegó al poder través del Partido Radical (un partido populista de tipo "liberal-popular"). El gobierno de la clase media había sustituido a la "oligarquía" liberal que ejercía el poder desde el siglo XIX. No obstante, el

proceso se significó a partir de 1930, por un colapso parcial, interrupciones y presiones, factores que, finalmente, condujeron al ascenso del peronismo.

Como en Italia, podemos distinguir dos etapas de la modernización primaria anteriores al ascenso y advenimiento del peronismo; la primera, apegada al modelo occidental; y la segunda, provocada por una desintegración. En el caso de Argentina, el acontecimiento desencadenante fue la gran depresión de los años treinta y el acelerado proceso resultante de las emigraciones intestinas y la industrialización.

La primera etapa de la movilización primaria afectó a las zonas centrales del país (el área metropolitana de Buenos Aires y la región del Litoral), incluyendo a una tercera parte del territorio y a dos terceras partes de la población. La pauta de una modernización regionalmente "desequilibrada" es familiar. En Italia corresponde a las fisuras y diferencias que separaban al norte del sur. Sin embargo, en Argentina, la segunda etapa afectó antes que todo a los sectores tradicionales supervivientes en la periferia y, en menor grado, a los sectores parcialmente "desmovilizados" de la zona central (tal desmovilización había tenido lugar coincidiendo con el golpe militar de 1930 y con los gobiernos conservadores, como ya fue explicado en párrafos anteriores).

Existían diferencias más que agudas y tajantes entre ambas poblaciones, fundamentalmente, en función de la modernización y de los antecedentes culturales. De hecho, en tanto que la población de la zona central era, en su mayoría y en proporción abrumadora, descendiente de inmigrantes, la población de la periferia, estaba en gran parte compuesta por los remanentes y supervivientes de la antigua población "criolla" preexistente a la inmigración masiva proveniente de ultramar. Esta diferencia era, por muchos conceptos, de suma importancia. Los movimientos de protesta originados por la primera etapa de la movilización afectaban a los inmigrantes extranjeros. Aunque el grado de inquietud social era más elevado, su impacto político *directo* era más lento (ya que los extranjeros *no votaban* ni tampoco esperaban hacerlo, por lo que en este aspecto no se sentían privados de ningún derecho). Tampoco estos movimientos constituyeron una real y auténtica amenaza al orden social. La composición predominante de los movimientos de protesta fue uno de los factores de importancia que impidieron la formación de un partido específico de la clase obrera, y tuvo, además, otras implicaciones y consecuencias de gran relevancia. La movilización primaria no implicaba únicamente la transición de un sector inferior, tradicional y marginado, a un proletariado más participante, sino además, su transformación en una clase media moderna. Esto es, la movilización primaria de los estratos más bajos e inferiores fue acompañada de una grande y

amplia difusión de un cambio en la estructura de estratificación. Los estratos inferiores adicionales fueron transformados por igual, tanto en un proletariado moderno, como en una moderna clase media. Gran parte de la movilización se produjo en función de una movilidad social ascendente.⁴⁶ Esto tuvo tres importantes consecuencias.

Previno e impidió la formación de un partido específico de la clase obrera. Ese partido hubiera requerido de más tiempo para su integración, toda vez, que una subcultura moderna proletaria (como cualquier otra formación cultural) se lleva a cabo a través de un largo proceso de socialización y de recolocación generacional. Modificó substancialmente la sociedad argentina, transformándola, pues la convirtió en una sociedad muy igualitaria, obligándola a abandonar el tradicional modelo "de élites" (común en América Latina). La movilidad de las masas creó la esperanza —en muchos casos realizada y convertida en una realidad— de un rápido ascenso individual o social-familiar, la experiencia sentida de una sociedad abierta. Semejante clima no era propicio ni favorable para la formación de la conciencia proletaria. Finalmente, contribuyó a reducir el abismo existente entre las clases media y baja. La manifestación y expresión política de ambas, fue proporcionada por el Partido Radical, cuya ideología era "liberal" y su composición "popular". Un partido Socialista logró conquistar cierta importancia en la zona de Buenos Aires. Con la movilidad social varió, a su vez, la composición de la sociedad: de un partido de las clases trabajadoras extranjeras llegó a convertirse en otro integrado tanto por la clase obrera como por la clase media, y no muy diferente del Partido Radical. El golpe militar de 1930 fue determinado por dos factores: 1) la persistencia de la antigua oligarquía terrateniente que nunca renunció por completo a sus aspiraciones de tomar el poder y que fue sometida a dura prueba por la catastrófica crisis de 1929; y 2) por la latente tendencia cultural latinoamericana hacia una intervención militarista directa en la política. En Argentina esta tradición jamás había sido activada, pero ya tenía tiempo de existir. La "oligarquía" necesitaba la desmovilización de la clase media y del sector proletario que le era afín. Por idénticas razones, al igual que en Italia, este interés representaba limitaciones intrínsecas que la obstaculizaban para asumir abierta y directamente la dirección del movimiento de "desmovilización". Por otra parte, no existían masas disponibles, ya que la clase media no se sentía especialmente desplazada, ni existía, tampoco, una profunda escisión, una gran hendidura entre las clases bajas. El único medio viable lo aportó la tradición superviviente del golpismo militar. Un reducido grupo de intelectuales y algunos oficiales, incluyendo a quien lo encabezaba, deseaba establecer un Estado facista corporativo. Su intento se vio frus-

trado debido a la falta de apoyo en el campo y a la decisión aún más realista del elemento conservador (es decir, la antigua "oligarquía"), de lograr una desmovilización parcial pero insuficiente sin que se produjeran cambios en la estructura política. Esto fue logrado a través del fraude electoral, que entregó a la oposición (los radicales) el gobierno de algunas provincias, unas representaciones en el Congreso, y mantuvo las libertades y garantías individuales, reservando el Poder Ejecutivo Federal para los intereses de los terratenientes. La desmovilización produjo algunas consecuencias de desplazamiento entre las clases bajas y medias de la región central del país. Por ejemplo, si bien la actividad de los sindicatos podía continuar, se encontraba muy restringida.

La segunda etapa de la movilización primaria se produjo desde los primeros años de la década de los treinta bajo el gobierno de los conservadores. Básicamente, tuvo su origen en la repentina y súbita ola de industrialización (la que a su vez fue causada por el desplome de la economía argentina primaria de exportación), y en la emigración en masa de las zonas rurales a las áreas urbanas y de la periferia al centro. Estas corriente migratoria alcanzó su máxima fluidez en la zona de Buenos Aires y en las principales ciudades. Como ya fue señalado, también la región central resultó afectada por este proceso. De esta manera la movilización de las nuevas masas fue integrada por los tradicionalistas y por los sectores sociales marginados y, desde luego, por las clases bajas desmovilizadas "de las áreas centrales" (especialmente para las nuevas generaciones de jóvenes cuya participación política y cuya sindicalización habían sido evitadas merced a la amplísima difusión que llegó a alcanzar el fraude electoral, y para las que tuvo, igualmente un conjunto de restricciones). El contexto dentro del cual se produjo la segunda etapa de la movilización primaria fue distinto tanto del caso italiano como de cualquier etapa del proceso en la propia Argentina. A diferencia de las clases bajas italianas, no existía ningún conducto ya preparado para dar cauce a la expresión política, puesto que Argentina carecía de un *partido específico de la clase obrera tradicional*. Las hendiduras y las diferencias culturales, la discontinuidad en el proceso, las restricciones políticas, y las actitudes "irreales" de los líderes, impidieron el establecimiento y la consolidación de los partidos de oposición (desde los radicales hasta los comunistas), incapacitándolos para que pudieran ejercer sus actividades y no ofrecieran ningún atractivo a las masas movilizadas. En las masas no existía ni desplazamiento ni disponibilidad; pero tampoco conductos ni medios de expresión, o líderes y jefes previos en *la izquierda*. Tal liderato lo proporcionaron un heterogéneo conjunto de políticos, militares, e intelectuales, pero,

sobre todo, Perón, tanto como figura catalizadora, *carismática*, como en su función de político *realista*. La posibilidad efectiva de organizar un movimiento fue ofrecida por otro golpe militar (1943). No existe casi duda de que el golpe fue de una orientación predominantemente fascista-nazista-falangista. Fue preparado por una logia militarista (la GOU) sometida a vigorosa influencia alemana. Todos los partidos políticos fueron disueltos y se mantuvo una benévola neutralidad respecto a las potencias del Eje. El obrerismo, especialmente el de orientación comunista, fue severamente reprimido. Completaban el cuadro un amplio control de la prensa y los campos de concentración.

Pero cada día llegó a ser más evidente para Perón que un gobierno exclusiva y totalmente militar no podría sostenerse por mucho tiempo. También resultaba imposible el establecimiento de un régimen *totalitario "clásico"* del tipo español, italiano o alemán, puesto que no había masas disponibles para lograr semejante propósito. Pronto cayeron en la cuenta de que el único sector disponible que podría utilizarse en un movimiento masivo era precisamente el que formaba la nueva clase trabajadora, creada durante la segunda etapa de la movilización primaria. El cambio en el reclutamiento requería a su vez, de otro cambio, éste en la superficie ideológica, que implicaba una separación tajante (por lo menos en apariencia) de los grupos fascistas que desde un principio se encontraban colaborando con los militaristas en el nivel de jefatura y dirección. Por lo tanto, las organizaciones fascistas y nacionalistas fueron disueltas, pero sus líderes colaboraron con Perón. La base del nuevo movimiento político fue proporcionada por la organización de los nuevos sindicatos y por la penetración de elementos peronistas en las antiguas organizaciones sindicales.

Al sector liberal *se* le manipuló, pero ese manejo, ese control, se mantuvo dentro de ciertos límites. Por otro lado, jamás se trató de un proceso unilateral: la base humana reaccionó frente al liderato y, finalmente, modificó en forma substancial la naturaleza del movimiento. La "superficie" ideológica (justicia social, participación de la clase obrera en el control del poder, extensión efectiva de las garantías sociales, redistribución de la renta y de los ingresos nacionales) determinó, en gran medida, la política del régimen. El sector laboral retuvo un grado mucho más amplio de su autonomía, sobre todo en los niveles inferiores. Pero también en el nivel más elevado de organización la presión ejercida desde abajo fue bastante fuerte y efectiva. De hecho, Perón se vio durante casi todo el tiempo obligado a gobernar con un equilibrio irregular e inestable, entre dos factores demasiado antagónicos: los obreros y los militares. Su caída fue el resultado de su falta de habilidad para mantener dicho equilibrio en las nuevas condiciones

económicas imperantes en los años cincuenta. Frente a la inminencia de un golpe militar que contaba con el apoyo de la clase media, la única salida que le quedaba a Perón era atraerse a los trabajadores. Sin embargo, esto era demasiado para un líder fascista.

El peronismo llegó al poder mediante la elección legal (la primera elección legal celebrada en dieciséis años). Obtuvo una victoria genuina y pudo retenerla hasta el final. La tentativa totalitaria había fallado parcialmente, y aunque con muchas restricciones, la democracia representativa se mantuvo, no pudiendo ser destruida. La oposición se mantuvo y lo mismo aconteció con sus partidos, su representación en el Congreso. La libertad intelectual (*N. del T.*: podría traducirse menos literalmente pero con mayor exactitud: libertad de cátedra) fue perseguida, especialmente en las Universidades. Pero, de cualquier manera, no aconteció nada preciso a lo que sucede en un régimen totalitario.

Para los trabajadores representó un auténtico avance. No sólo por lo que se refiere a los salarios y a la justicia social, sino también en función de la libertad y de la participación en las decisiones que se debían tomar.

La principal diferencia que lo distinguió de la experiencia italiana radica, en nuestra opinión, en la diferente clase social de la cual fueron extraídas las masas movilizadas, y en un distinto tipo de movilización. Reclutamiento de las clases bajas y movilización primaria fueron las principales diferencias. El peronismo fue un movimiento "nacional-popular", que es, quizás, la movilización primaria típica. Tenía ciertos rasgos de carácter totalitario, pero, por otra parte, no fue muy distinto del movimiento "popular-liberal", al cual dio expresión política el Partido Radical durante la primera etapa de la movilización primaria.

¹ Esta terminología es empleada por algunos autores en Italia. Consúltese a Costanzo Casucci, *Fascismo e Storia (Fascismo e historia)*, en Casucci (ed), *Il Fascismo* (Bologna, Il Mulino, 1961), p. 425. El fascismo ha sido calificado por Groce como un "paréntesis" de veinte años (en Casucci, obra citada, p. 174). Sin embargo, Groce también observó las implicaciones del fascismo considerado como un fenómeno de carácter general. La interpretación histórica fue enfatizada por la mayoría de los italianos. G. A. Borgese, si bien reconoció las implicaciones y las consecuencias universales del fascismo, las interpretó dentro del contexto del desarrollo histórico del espíritu italiano a partir de la Edad Media (en *Goliath, la marcha del fascismo* "Goliath, The March of Fascism") Nueva York, Viking Press, 1937. El "fascismo fue la autobiografía de Italia", escribió Gobetti en 1922, y las mismas palabras serían repetidas unos cuantos años más tarde por Rosselli, quien considera al fascismo como "un gigantesco retorno al pasado italiano", cf., P. Gobetti, *La rivoluzione liberale (La revolución liberal)* Milán, Einaudi, 1949, p. 18 y C. Roselli, *Socialismo Liberale (Socialismo liberal)* (Roma, Edizioni U, 1945), pp. 109-112. Simultáneamente a este énfasis en torno a las características históricas de la nación italiana, se mencionaron con frecuencia aspectos particulares de su larga historia. Un tema común lo constituye la debilidad del Resurgimiento (*Risorgimento*), concebido en función de una modernización social y económica.

² Véase, por ejemplo, P. Togliatti, *A propósito del fascismo*, reeditado por Casucci. Tanto la tesis de Togliatti como la posición oficial del Partido Comunista no se apeaban a la tesis de "la última etapa del capitalismo" (tal y como fue expuesta por Guerin y otros), sino a la idea del "vínculo más débil" en el mundo capitalista. (Consúltense: "Tesis del Tercer Congreso del Partido Comunista Italiano durante 1962", en *Rinascita*, 1951, pp. 94 a 98.)

³ Las asombrosas contribuciones de los estudiosos italianos al estudio del fascismo (que ha aumentado considerablemente en los últimos años) se han producido dentro del terreno especializado de la historia. La carencia de dimensiones sociológicas también fue notada y expuesta por Renato Treves en su obra "Interpretazioni sociologiche del Fascismo", en *Occidente*, 1953. pp. 371-391.

⁴ Algunas referencias bibliográficas en relación con estas aportaciones (contribuciones) serán proporcionadas en la segunda sección.

⁵ Una ilustración típica de esta tendencia se encuentra en la obra de P. Vierick *Metapolitics (Metapolítica)* (Nueva York, Knopf, 1941), en la que se pretende localizar los orígenes históricos de las "dos almas" de Alemania. Y más concretamente en el nivel del análisis de las ideologías. Otro interesante ejemplo puede localizarse en la obra de Stern *The Politics of Cultural Despair (La política de la Desesperación cultural)* Nueva York, Doubleday, 1965.

⁶ Consúltense, por ejemplo, a J. L. Talman, *The Origins of Totalitarianism (Los orígenes del totalitarismo)*, (Los orígenes de la democracia totalitaria), Londres, Secker and Waburn, 1951.

⁷ En los años treinta el problema fue enfocado con mayor precisión dentro del contexto de la modernización de los países occidentales y en función del conflicto entre el crecimiento de la racionalidad en oposición a las tendencias irracionales y tradicionales. Un ejemplo aún más completo respecto de este enfoque lo constituyó el proporcionado por K. Mannheim en su obra *Man and Society in an Age of Reconstruction (El hombre y la sociedad en una era de reconstrucción)*, Nueva York, Harcourt Brace, 1940. El problema relacionado con las condiciones sociales y económicas necesarias para el nacimiento y el mantenimiento de una democracia representativa, y el referente a las nuevas formulaciones acerca del totalitarismo en el contexto del desarrollo, tanto en las zonas ya industrializadas (occidentales) como en las de reciente desarrollo, alcanzan relevancia y prominencia en los años cincuenta. En esta etapa de la historia mundial y del conocimiento científico (o al menos de la conciencia intelectual), la "oligarquía totalitaria" (empleando las palabras de Shil) fue considerada como un posible camino, como una alternativa factible para el logro de la modernización en los países subdesarrollados (E. Shils, "Political Development in the New States" ("El Desarrollo político en los Nuevos Estados") en *Comparative Studies in Society and History (Estudios comparados de Sociología e Historia)*, vol. II, 1959-1960.

⁸ En su artículo "La decadencia de la democracia alemana" (The Decay of the German Democracy), F. Newman dice: "El nacional-socialismo alemán no es otra cosa que la dictadura de una industria monopolizada y de los grandes propietarios, cuya desnudez se disfraza apenas con la máscara del Estado corporativo" en *Political Quarterly*, 1953). Pero su obra *Behemoth, la estructura y práctica del nacional-socialismo (Behemoth, The Structure and Practice of National-Socialism)*, 1933-1944 (Nueva York, Oxford University Press, 1944), nos proporciona una visión aún más elaborada. Otros ejemplos que ilustran esta tendencia los da M. B. Sweezy, en su libro *La estructura de la economía nazi* (Cambridge, 1941), y R. A. Grady en su "El espíritu y la estructura del fascismo alemán" (*The Spirit and Structure of German Fascism*, Nueva York, 1937). En Italia una formulación de la "hipótesis de clase" (clasista), inspirada en la tradición Mosca-Pareto, pero también similar al enfoque marxista, puede encontrarse en G. Dorso's *Dittatura, Classe Politica e Classe Dirigente (Dictadura, clase política)*.

⁹ Daniel Guerin, *Fascisme et grand capital (Fascismo y gran capital)*, París, Gallimard, 1945, primera edición 1936.

10 Guerin, *obra citada*, capítulo II.

11 Harold Laski, *Reflections on the Revolution in Our Time (Reflexiones en torno a la revolución en nuestro tiempo)*, Londres, Gollanes, 1942.

12 Guerin, capítulo VI. Sin embargo, Guerin observa que el proceso se desarrolla en dos etapas: la primera, aquella en la que los "plebeyos" (un término equivalente al empleado por Laski "forajidos") conquistan todo el poder, y durante la cual logran, por lo menos parcialmente, desplazar a la antigua clase gobernante; y la segunda, que se caracteriza por la eliminación de los "plebeyos" y por el hecho de que surge la dictadura burocrático-militarista. Este cambio en la composición del liderazgo del fascismo en Italia, y la marcada tendencia hacia una dictadura burocrática y policiaca, ha sido recientemente objeto de una copiosa documentación, sobre todo en un excelente estudio escrito por Alberto Aquarone, *L'Organizzazione dello Stato Totalitario (La organización del Estado totalitario)*, (Einaudi, 1965), capítulo III.

13 De entre este grupo de escritores que describieron el papel y la función carismática, destaca F. Neuman, quien le concede especial importancia. En *Behemoth, obra citada*.

14 Max Scheler, *El resentimiento en la moral* (Buenos Aires, Espasa Calpe, 1938; traducción española); especialmente la primera parte. Es interesante caer en la cuenta de que para Scheler los factores de situación son únicamente una condición del resentimiento; la *raza* y la *herencia* son las *principales* condiciones determinantes. En ésta, como en otras de sus obras, Scheler comparte junto con otros autores representativos de la orientación irracionalista alemana muchos de los rasgos de la ideología nazi.

15 Svend Ranulf, *Moral Indignation and Middle Class Psychology (La indignación moral y la psicología de la clase media)* (Copenhague, Levin and Munksyaard, 1938), Introducción. Ranulf y la tradición predominantemente germana no son la única fuente de consulta acerca de este tipo de análisis. Podría mencionarse, por ejemplo, a Eugène Raïga, quien extrayéndolo casi todo de los antecedentes intelectuales franceses, describe toda una serie de posiciones sociales que originan el resentimiento: *L'envie. Son rôle sociale* ("La envidia. Su función social (París, Alcan, 1932).

16 Harold D. Laswell, "The Analysis of Political Behaviour" ("Análisis del comportamiento político") (Londres, Routledge and Kegan Paul, 1947, pp. 235-245 (de un artículo publicado en 1933 en *Political Quarterly*).

17 Erich Fromm, *The Fear of Freedom (El miedo a la libertad)* (Londres, Routledge and Kegan Paul, 1947), publicada en los Estados Unidos como *Huida de la libertad*, (N. del T: en México con el título de *Miedo a la libertad*.)

18 La importante distinción entre el miedo total y la angustia difusa en oposición al miedo ordinario, fue expuesta por K. Riezler, "The Social Psychology of Fear" ("La psicología del miedo", en el *American Journal of Psychology*, vol. XL (1944); pp. 489-498.

19 T. W. Adorno y otros, *La personalidad autoritaria (The Authoritarian Personality)* (Nueva York: Harper and Brothers, 1950).

20 D. Riesman, *The Lonely Crowd (La multitud solitaria)* (New Haven: Yale University Press, 1950). Riesman relaciona este tipo con la "orientación de mercado" descrita por Fromm en otro libro (*Man for Himself*) (*Hombre para sí*).

21 Tal vez se recuerde que Adorno y algunos de sus colaboradores pertenecían a la misma tradición científica. Junto con Horkheimer, se encontraban trabajando en el Instituto para la Investigación Social en Alemania, sitio en el que Fromm dirigió por vez primera una encuesta acerca de las clases media y trabajadora. De hecho, toda su teoría y su concepto de autoridad se derivan de estos primeros estudios. La obra de investigación fue publicada posteriormente en Francia: M. Horkheimer (ed) *Autoritat und Familie* (París: Alcan, 1936).

22 Edward A. Shils. "Authoritarianism: "derecha" e "izquierda"" ("Authoritarianism: "Right and Left", en R. Christie y M. Jahoda *Studies in the Scope and Methods of the Authoritarian Personality (Estudios sobre el alcance y método de la personalidad autoritaria)* Glencoe, Free Press, (1954). Una tentativa para lograr operar y manejar

la distinción entre autoritarismos de derecha e izquierda fue emprendido por H. J. Eisenck, quien divide al autoritarismo en dos dimensiones, la de la "mentalidad suave" y la de la "mentalidad brusca", y la dimensión "radical-conservadora" H. J. Eisenck, *The Psychology of Politics (La psicología de la política)* (Londres: Routledge and Kegan Paul, 1954). En la literatura escrita en torno a la psicología del autoritarismo, puede ser localizado otro interesante intento, en los estudios editados por Milton Rokeach y sus colaboradores, *The Open and the Closed Mind (La mentalidad abierta y la mentalidad cerrada)* (Nueva York: Basic Book, 1960).

²³ K. Mannheim, *obra citada*; especialmente la parte I, sección 3, y también la segunda parte (II).

²⁴ En los años veinte, una de las primeras versiones fue *La rebelión de las masas*, publicada por vez primera en 1926 por José Ortega y Gasset. Ésta, al igual que otras obras de Ortega y Gasset, ejerció profunda influencia en América Latina. Por esa época, en Italia, las teorías de la sociedad de masas no eran discutidas con frecuencia, por lo menos no en esos términos. Puede mencionarse, por ejemplo, a G. Perticone (consúltese su obra "Osservazioni sul Regime de massa" ("Observaciones en torno al régimen de masas") en *Rivista Internazionale di Filosofia del Diritto (Revista Internacional de Filosofía del Derecho)*, vol. xix, 1939, y *Studi sul Regime de Massa (Estudios sobre el régimen de masas)* (Milano: Bocca, 1942, etcétera).

²⁵ Véase Aaron. *L'Homme contre les Tyrans (El hombre contra los tiranos)* (Nueva York: Maison Française, 1944).

²⁶ W. Kornhauser, *The Politics of Mass Society (La política de la sociedad de masas)* (Londres: Routledge and Kegan Paul, 1960).

²⁷ W. K. Deutsch, "Social Mobilization and Political Development" ("Movilización social y desarrollo político" en *American Political Science Review* (vol. LV (1961) pp. 439-514.

²⁸ Esta interpretación fue aplicada por el autor al ascenso del peronismo. G. Germani, "Algunas repercusiones de los cambios económicos y sociales en la Argentina". 1940-1950", en *Cursos y Conferencias*, vol. XL (1952): pp. 559-578, y *La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo*, (Buenos Aires, C.L.E.S., 1956).

²⁹ T. H. Marshall, *Citizenship and Social Class (Ciudadanía y clase social)* (Cambridge University Press, 1950).

³⁰ Una interpretación del desarrollo político en América Latina basada en un modelo de este tipo, puede localizarse en G. Germani, "Democratie Representative et Clases Populares en Amerique Latine" ("Las democracias representativas y las clases populares en América Latina") en *Sociologie du Travail*, vol. III (1961): pp. 96-113.

³¹ E. Lederer, *The State of the Masses (El estado de las masas)* Nueva York: Norton, 1940).

³² Respecto de la composición del Partido Nazi en 1933 y 1935, comparándolo con la distribución ocupacional del total de la población, véase H. Gerth, "The Nazi Party: its Leadership and Composition" ("El partido nazi: sus dirigentes y su composición") en *American Journal of Sociology*, vol. XLV, 1940, pp. 517-541). Las únicas cifras disponibles fueron las que se proporcionaron en un informe rendido ante el Congreso del Partido en noviembre de 1921, y que han sido publicadas por numerosos historiadores, desde Rossi, en *La Naissance du Fascisme (El nacimiento del fascismo)* (París, NRF, 1938), hasta la más reciente biografía de Mussolini (*Mussolini il Fascista (Mussolini el fascista)* (Einaudi, 1966). Las obras de Kornhauser (*obra citada*) y de Lipset (*obra citada*), proporcionan una amplia información al respecto, y por lo que a diversos países se refiere. En torno a la élite italiana, consúltese: H. D. Laswell y R. Sereno, "The Fascists, The Changing Italian Elite" ("Los fascistas. La cambiante élite italiana") en *American Political Science Review*, xxxi (1937): 914-929. Respecto del peronismo, véase: G. Germani (*obra citada*) y *Estructura social de la Argentina* (Buenos Aires: Raigal, 1955), cap. xvi; respecto de la élite nazi, consúltese a Lerner y otros, *The Nazi Elite (La élite nazi)* (Stanford University Press, 1951). Ambos estudios señalan que los orígenes de esas élites fueron la clase media y la clase media baja. No obstante la condición no puede ser invocada por

la hipótesis de clase, toda vez que los intelectuales de clase media, también constituyeron un factor determinante y predominante en la formación de las élites comunistas. Un resultado de importancia que se derivó del estudio realizado en torno a la élite nazi, lo constituyó la elevada proporción, en la élite, de *hombres marginados*, tanto social como ecológicamente.

³³ Ésta es la tesis sustentada por Bendix en *Social Stratification and Political Power* (*La estratificación social y el poder político*). También fue sostenida por S. M. Lipset en *Class, Status, and Power* (*Clase, status y poder*) (Glencoe, Free Press, 1953). Bendix también señala el hecho de que la mayor parte del apoyo otorgado al Partido Nazi podría haber provenido de aquellas personas que en anteriores elecciones eran consideradas como "no votantes", o sea incapacitadas para votar, o personas jóvenes e individuos enajenados. Sin embargo, se desconocen los antecedentes y el pasado social de estas personas.

³⁴ Kornhauser (*obra citada*), pp. 179-180.

³⁵ Lipset (*obra citada*) capítulo iv. También: S. M. Miller y F. Reissman: "Working Class Authoritarianism" ("Autoritarismo de la clase trabajadora"): una crítica a Lipset, en *The British Journal Of Sociology*, xii (1961), y la respuesta del propio Lipset en el mismo número (263-276).

³⁶ C. J. Friedrich y K. Brezinski, *Totalitarianism and Autocracy* (*Totalitarismo, autocracia y dictadura*) (Cambridge, Harvard University Press, 1956).

³⁷ Lipset (*obra citada*), pp. 175 y 176.

³⁸ Una primera versión ha sido publicada en inglés, G. Germani, "Social Change and Intergroup Conflicts" ("El cambio social y los conflictos intergrupacionales" en L. I. Horowitz (ed), *The New Sociology*, (New York, Oxford University Press, 1964).

³⁹ D. L. Horowitz, *The Italian Labor Movement* (*El movimiento laborista italiano*) (Cambridge, Harvard University Press, 1963), pp. 75 y 124.

⁴⁰ Esta tendencia está mejor presentada por Giolitti.

⁴¹ Cuando parecía que las fuerzas del gobierno no serían capaces de hacer frente a la situación, el Partido Socialista retrocedió y aplaudió, pero no ofreció ni jefatura ni dirección, bien hacia el retorno a la legalidad o hacia la insurrección, Horowitz (*obra citada*) p. 139.

⁴² Entre otros, estos derechos eran los siguientes: la jornada de trabajo de ocho horas diarias, la discusión y contratación colectivas, representantes en las plantas industriales, "comisiones internas en las empresas", y cierta participación en el control de las mismas.

⁴³ En los años de 1921 y 1922, el salario real alcanzó por vez primera, el más elevado nivel del siglo, mismo que podía alcanzarse de nuevo, únicamente en 1948-1949. A. Fossati, *Lavoro e Produzione in Italia* (*El trabajo y la producción en Italia*), Turín, Giappichelli, 1951), p. 364.

⁴⁴ La prominente función del "fascismo agrario" ha sido expuesta por varios autores. Las motivaciones y las actitudes de este sector, tenían más parecido con el modelo conservador y reaccionario que con el fascismo típico y totalitario. Sin embargo, llegó a ser absorbido y se fusionó con este último. Véase: M. Rossi-Doria, *L'Agrocoltura Italiana, il Dopoguerra, e Il Fascismo* (*La agricultura italiana, la posguerra, y el fascismo*) en Casucci (ed) (*obra citada*); De Felice (*obra citada*), capítulo i.

⁴⁵ De hecho, la región central fue poblada por extranjeros. Entre la población adulta, durante varias décadas, los nacidos en el extranjero aumentaron aproximadamente del cincuenta al setenta por ciento.

⁴⁶ En 1895 y en 1914, las dos terceras partes de las ocupaciones no manuales eran desempeñadas por personas que tenían antecedentes familiares manuales (movilidad intergeneracional). En 1960 la mitad de los hijos de inmigrantes de origen manual encontrábase en las categorías no manuales. Germani en *La movilidad social de Argentina* (Buenos Aires, Publ. del Instituto de Sociología (publ. núm. 60) y "Mass Immigration and Modernization in Argentina" ("Inmigración y organización masivas en Argentina") en *Studies in Comparative International Development* (*Estudios acerca del Desarrollo Internacional Comparado* (ii, 1966), pp. 165-182.